

JOSÉ MARTÍ Y EL EQUILIBRIO DEL MUNDO

Para comprender cabalmente el significado real de la personalidad y el pensamiento de José Martí para Cuba, América y el mundo resulta obligado situarlo en el devenir de dos siglos de historia de las ideas cubanas. Los aspectos esenciales que pueden guiarnos en el análisis de ese dilatado periodo histórico son los siguientes:

- Las fuentes cubanas que nutrieron a José Martí (1790-1868). El presbítero Félix Varela, defensor de la independencia de Cuba, y José de la Luz y Caballero, fundador de la escuela cubana, constituyen, junto a otras destacadas figuras de esa época, el núcleo forjador de la educación y la cultura que llegaron de manera directa a José Martí a través de su maestro Rafael María de Mendive.
- Su consagración a Cuba, nuestra América y la humanidad (1868-1895). Desde su juramento hecho en la adolescencia cuando se enfrentó directamente a la esclavitud, su entrega a la causa de la independencia de Cuba, el permanente destierro en que transcurrió la mayor parte de su vida que favoreció su americanismo y su universalidad, estudio y conocimiento en profundidad de los Estados Unidos durante su prolongada estancia en ese país, hasta su caída en combate en Dos Ríos.

- Su concepción de la *guerra necesaria, humanitaria y breve*, que implica la dirección de la guerra con criterio político como único modo de ganarla: la fundación del Partido Revolucionario Cubano para unir voluntades en un apretado haz bajo una dirección unificada, su actividad febril en el terreno de las ideas a favor de la causa de la independencia, y su labor con los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo y otras figuras de la guerra del 68.
- La tragedia que quiso evitar a tiempo el Maestro. La significación cubana, iberoamericana y universal de la intervención de los Estados Unidos en la guerra de independencia de Cuba.
- El renacimiento del ideario del héroe de Dos Ríos (1902-1953). La trayectoria del pensamiento martiano rescatado por el movimiento antimperialista, socialista, democrático y popular de Cuba durante la neocolonia.
- La presencia del Apóstol en la generación del centenario (1953-1961). La significación que tuvo el pensamiento de Martí en la generación del centenario hasta culminar con la declaración del carácter socialista de la Revolución el 16 de abril de 1961.
- El pensamiento martiano y su articulación definitiva con el ideal socialista. La obra de la Revolución y el contenido de ideas que relacionan el pensamiento martiano y el socialista.
- El papel del pensamiento cubano a partir del tiempo histórico que se gesta tras la caída del campo socialista.

José Martí adquiere una renovada vigencia, representa la cúspide de la cultura política, social y filosófica nacional en el siglo XIX. Su legado se proyecta en la presente centuria orientado hacia los intereses de los pobres de la tierra y de la humanidad y mantiene una vigencia para enfrentar los problemas

actuales que debe ser examinada por todos aquellos preocupados por el futuro de la humanidad.

La historia de Cuba muestra, desde el nacimiento y en el desarrollo de la nación, cómo los hechos económicos sociales, políticos e incluso militares que tuvieron lugar a lo largo de más de dos siglos, se enlazaron con la cultura política y filosófica de la modernidad, asumida desde los intereses de los pobres. Ella nos enseña, a su vez, el carácter de las relaciones de Cuba con el mundo.

Lo original en nuestro caso se halla en que los hechos y procesos transcurridos pueden explicar la existencia de una ideología nacional —en el sentido de producción de ideas— que expresa una síntesis de valor universal porque constituye una identidad integrada por diversas corrientes sociales, culturales y filosóficas del mundo occidental. Su trascendencia está, entre otras cosas, en que es parte integral e inseparable de Iberoamérica y el Caribe. Hay un ideario nacional que aspira *a acercarse al mundo y que el mundo se acerque a él*. No otra significación tiene el mandato de José Martí: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas”, así como sus aspiraciones o propósitos de convertir a Cuba en *universidad del continente*.

Así, la cuestión cultural desempeñó un papel clave en la historia de nuestro país en una relación dialéctica con los acontecimientos y procesos históricos. Es necesario analizar el proceso transcurrido en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX. Entonces se forjó en Cuba una síntesis de cultura universal que constituye una singularidad en la historia económica, política y social de Occidente. Se fundieron desde los orígenes mismos dos elementos: las corrientes filosóficas, políticas y sociales que venían de la Ilustración y la modernidad europeas, y los más genuinos principios que nos llegaron del pensamiento y los sentimientos éticos cristianos. De la primera

tomamos el pensar científico y el amor a la libertad y a la dignidad humana; de la segunda, las más nobles tradiciones morales de la redención del hombre en la tierra.

De la población que vino de África aprendimos el sentido de la libertad personal, que creció y se fortaleció en la lucha contra la esclavitud. Asimismo, las influencias africanas en el folclore, en la música y en la cultura en general, se articularon con las de origen europeo y de otras nacionalidades y dieron lugar a una sensibilidad estética y a creaciones artísticas de alcance universal.

Entre las fuentes principales de nuestras ideas políticas y sociales y de redención humana, figuraron las luchas por la independencia americana que simbolizamos en Simón Bolívar. Siempre hemos considerado a Cuba como parte de la gran patria que Martí llamó "Nuestra América" y también "América de los trabajadores".

A partir de 1790, fueron manifestándose de una manera más clara los gérmenes de una incipiente conciencia nacional. Fue emergiendo un grupo de hombres nacidos en nuestra tierra que, en diversos campos, expresaban y defendían intereses y aspiraciones diferentes y, en ocasiones, contrapuestas a las de España. Surgieron instituciones como la Sociedad Económica de Amigos del País, con figuras claves como Francisco de Arango y Parreño, brillante economista y político que defendió con inteligencia la necesidad de otorgarle a la oligarquía criolla posibilidades para el comercio internacional sin las trabas impuestas por el monopolio comercial. Comenzó a publicarse el *Papel Periódico de La Habana*, vinculado a la Sociedad Económica.

Hombres como el obispo Espada y José Agustín Caballero le abrieron, desde la ética cristiana, camino revolucionario al pensamiento científico y pedagógico cubano. El mismo empezó a tomar forma y carácter propios con el presbítero Félix

Varela, entre cuyos discípulos estaban José Antonio Saco, uno de los sociólogos y economistas más eminentes del Nuevo Mundo; José María Heredia, poeta independentista conocido por su *Oda al Niágara*; Domingo del Monte, promotor y ensayista eminente; el científico Felipe Poey y, especialmente, el pedagogo y filósofo José de la Luz y Caballero.

Paralelamente a las reformas de Arango se habían ido gestando, bajo la influencia de las ideas más puras del cristianismo, entendido al modo que lo había asumido siglos atrás fray Bartolomé de las Casas y de los principios revolucionarios de la Europa del siglo XVIII y comienzos del XIX, una cultura que sólo puede caracterizarse como de liberación social. Para apreciar cómo se comportó en la realidad este proceso, hay que estudiar sus condicionamientos económico-sociales.

Las reformas económicas al antiguo monopolio de Indias estaban atrapadas en la contradicción de facilitar el tráfico de esclavos. Éste es un hecho de esencial importancia para valorar las razones que impidieron, a principios del siglo pasado, el éxito del ideal separatista por el temor en sectores acomodados a que el inicio de una guerra contra el poder colonial condujera a repetir en Cuba la experiencia de Haití. El mantenimiento de la esclavitud en el marco del régimen colonial condicionó la estratificación social de Cuba, y paradójicamente, la posterior radicalización del movimiento independentista.

Entre 1791 y 1825 se produjo un incremento notable de la esclavitud. En esta última fecha, la población negra de Cuba representaba 56% del total de pobladores, lo cual alarmó a los terratenientes por el temor, siempre latente, al fantasma de Haití. A la vuelta de 80 años, creció decisivamente la proporción de la población criolla y explotada en relación con la española. Entre 1791 y 1868, el número de habitantes se incrementó de 272 000 a 1 350 000. La de origen español que había llegado a Cuba para desempeñar cargos militares, administra-

tivos o de tráfico comercial en el transcurso de varias generaciones devino en masa trabajadora ocupada en los oficios subalternos, agrícolas, administrativos y de servicios.

El movimiento de ideas se produjo de la manera que paso a describir. Félix Varela nos enseñó a pensar. Su más aventajado y excepcional discípulo, José de la Luz y Caballero, nos enseñó a estudiar y a conocer. Ellos nos estimularon el amor a la justicia, a la verdad, a la belleza y el compromiso de realizar un servicio en favor de los hombres y lo forjaron en el diseño germinal de la nación cubana.

Una cultura definida por el hecho de que no se trazó antagonismo entre ciencia y ética, ni tampoco entre ciencia y fe en Dios. En De la Luz y Caballero y en todo el abanico de ideas de nuestra ilustración decimonónica (1790-1868) constituye un valor especial haber asumido con lealtad insuperable los principios culturales y especialmente éticos del cristianismo, es decir, las aspiraciones de redención del hombre en la tierra y, a la vez, las ideas científicas y filosóficas más avanzadas de la modernidad europea de su época. En este sentido, en el orden espiritual, las ideas en Cuba se situaron por encima de las dominantes en Europa en la primera mitad del siglo XIX.

Había que luchar por la independencia del país y la abolición de la esclavitud para formar la nación; de otra manera no se lograría. Estas exigencias políticas y económico-sociales le brindaron una dimensión y alcance universales a las ideas redentoras cubanas.

Para el grupo de ilustrados cubanos que se reunía en La Habana y otras ciudades de aquella Cuba colonial, la idea de Dios estaba en su conciencia particular y lo asumieron a partir de reconocerlo en el amor al prójimo y a la humanidad. Lo sentían en su conciencia individual como la idea del bien y de la justicia caracterizada como "el sol del mundo moral". Ellos no visualizaban a los hombres a partir de la idea o la abstrac-

ción de Dios; sentían a Dios en su amor al prójimo, es decir, a la humanidad y, desde luego, a la naturaleza y en la idea del bien. Por esta vía, creyentes o no creyentes podían asumir, en la cultura nacional, una alianza de insospechado alcance.

El ideal cubano y de dignidad humana y su vocación de universalidad están en relación con el sentimiento ecuménico de Varela y De la Luz. El pensar cubano no se colocó en antagonismo con las creencias religiosas, las cuales consideró pertenecían al ámbito de la conciencia individual. Al rechazar toda visión dogmática y por tanto parcializada, la cultura cubana valía para creyentes y no creyentes en tanto se inyectaron en las venas de la mejor tradición nacional los principios éticos y espirituales que nos venían en gran medida del hombre que murió en la cruz.

Se trata de una cultura nacida en la Cuba colonial y esclavista de la primera mitad del siglo XIX, surgida y desarrollada en oposición al oprobioso régimen esclavista. Teníamos en nuestro país, en esa época, una cultura más alta espiritualmente y una sabiduría filosófica y política más rigurosa que la del sistema dominante en España. Nuestra cultura se desarrolló superando la herencia reaccionaria de determinadas corrientes de la escolástica que nos representamos en la Inquisición y enfrentadas a ellas. Asimismo, había asumido la evolución intelectual de Occidente a partir de las aspiraciones de los pobres y los principios científicos más avanzados de la modernidad europea.

Uno de los valores de De la Luz está en la búsqueda infatigable de los vínculos a partir del estudio de las ciencias naturales con todas las ciencias, incluyendo las de carácter espiritual y moral. No se trata sólo de pedagogía. A todo esto le da fundamentos filosóficos. En la esencia de esa integralidad de su saber, estuvieron las posibilidades para arribar a una comprensión científica del valor de lo ético.

Proponerse la redención del hombre en la tierra sobre la base de la más pura tradición cultural cristiana y, a la vez, introducir en la escuela forjadora de Cuba los métodos y principios científicos de la modernidad europea, desde principios del siglo XIX, es un hecho excepcional porque, como se sabe, entonces la fe cristiana se consideraba por muchos en antagonismo con los descubrimientos de la ciencia. Es bien sabido cuántas luchas y tragedias generó esta contradicción.

Sin embargo, hoy, cuando han pasado dos siglos, la más urgente necesidad de la cultura occidental, con su herencia cristiana, está en articular el sentido ético revelado en el hombre que murió en la cruz con las conclusiones de las ciencias naturales y sociales de la modernidad.

Las aspiraciones de Varela con relación a la liberación de Cuba y la abolición de la esclavitud tenían fundamentos éticos y también económicos. Decía: "Todas las ventajas económicas y políticas están a favor de la Revolución hecha exclusivamente por los de casa y hacen que deba preferirse a la que pueda practicarse por el auxilio extranjero". Sin olvidar por un momento el compromiso de Cuba con América y el mundo, afirmaba que: "deseaba ver a Cuba tan isla en lo político como en la naturaleza".

Lo que mejor puede describir y caracterizar esta inmensa cultura son los paradigmas éticos, políticos y revolucionarios de José Martí. En su pensamiento se halla una integralidad que abarca la ética, la ciencia, la poesía, incluso, lo que él llamó "el arte de hacer política". Esta articulación está en la esencia de la cultura nacional y es su mejor escudo.

Lo ético se articuló para siempre con las necesidades económicas y sociales y sus reclamos patrióticos independentistas. Esta síntesis cristalizó el 10 de octubre de 1868 con la irrupción de la nación cubana. Frente a los esfuerzos de España por mantener a Cuba como colonia y los apetitos de los Estados Uni-

dos y otros intereses internacionales de apoderarse de Cuba, emergió aquella mañana en el ingenio del dueño de esclavos que los liberó, Carlos Manuel de Céspedes, una nación que surgía aboliendo la esclavitud en forma radical.

José Manuel Mestre, uno de los principales hacendados reformistas llegó a afirmar, en carta de fecha 24 de octubre de 1868 dirigida a Miguel de Aldama, lo siguiente: "Nunca se ha encontrado —Cuba— más cerca de una verdadera revolución social y socialista".

Esa nación es Cuba, la cual fue obra de una revolución social iniciada entonces y cuya continuidad es la de nuestros tiempos. Han existido naciones que han hecho revoluciones; en nuestro país, fue la revolución que comenzó en aquellos años y que hoy mantenemos en alto, la que hizo y desarrolló a la nación cubana. Cuba unió definitivamente su esencia y destino a las aspiraciones de la redención universal del hombre y ésta tiene fundamentos objetivos económicos y sociales en la historia del país.

Para entender esta historia, y en especial la Cuba actual, es indispensable estudiar la dialéctica de las contradicciones entre las tendencias anexionistas, reformistas e independentistas. Los anexionistas acabaron naufragando política e históricamente ya que, por definición, negaban la posibilidad de que Cuba fuera una nación, y echaron su suerte a la incorporación del país a la nación estadounidense; los segundos, los reformistas, porque trataron de promover una evolución política que nos trajera gradualmente la independencia, mientras que el sistema dominante en España, al que teóricamente podría ser de interés estratégico este objetivo, no poseía la cultura necesaria para entender, ni mucho menos asumir, a los reformistas cubanos. Esta limitación tiene, desde luego, fundamentos económicos. En España no había tenido lugar una profunda revolución burguesa ni un ascenso del capitalismo que le permi-

tiera comprender el significado de las ideas reformistas e insertarlas en su propio desarrollo. Un país que no gozaba de libertad no podía brindársela a otro.

En Cuba, la esclavitud necesitaba ser abolida para garantizar la independencia y producir, como en efecto ocurrió, la integración nacional. Existía en algunos el temor de que ello pudiera provocar revueltas y luchas cruentas que le abrieran a los Estados Unidos el camino para apoderarse del país.

A esta encrucijada se enfrentaba el movimiento reformista. Las tesis que presentaban eran aparentemente más sólidas y seguras en relación con las de los independentistas. Las de estos últimos parecían más románticas y cargadas de aventuras. En efecto, así era, pero lo interesante está en que la lógica de la historia les dio la razón a los independentistas y abolicionistas.

José Antonio Saco, el más brillante reformista, llegó a afirmar, en su exaltación de la racionalidad que, dados los peligros que amenazaban a Cuba, una revolución podría ser útil si se garantizaba su victoria con la exactitud de una conclusión matemática. Es difícil encontrar una expresión más exagerada de pensamiento racionalista.

Los reformistas no pudieron concebir sobre tales premisas la nación que objetivamente surgió; les faltó lo que en esencia tiene la cultura cubana: la utopía de la redención universal del hombre. Y no es que muchos de ellos no fueran patriotas, es que para serlo de forma consecuente había que soñar con la justicia social entre los hombres. No alcanzaron a comprender que la integración nacional cubana presuponía la inmediata y radical abolición de la esclavitud ni llegaron a comprender que la clave de la historia nacional estaba dada por la articulación de dos grandes necesidades: la abolición radical de la esclavitud y la independencia del país, y que esto sólo era posible por la revolución. Pero le temían a la revolución y era ella la única forma de integrar la nación.

La inmensa cultura occidental, racionalista y científica de los reformistas, que era tan alta o superior a la del capitalismo de su época en el mundo, no logró alcanzar el sueño de una patria como la concibieron el pensar y actuar de Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez y José Martí, entre muchos otros: la patria que hoy tenemos, y que para desarrollarse hacia el siglo XXI no puede renunciar jamás al sueño de la libertad o igualdad universal del hombre. Si Cuba abandona esta utopía, dejará de ser; si la mantiene en alto, continuará siendo mientras exista la humanidad.

¿Cuál es la lección que nos dejó lo mejor y más patriótico del pensamiento reformista? Que aunque es indispensable, no basta para el cubano completo y cabal conocer, es también necesario querer y soñar con la igualdad social entendida en su alcance universal, y ello no se logra exclusivamente con el apoyo de las ciencias naturales: son indispensables también la conciencia, la voluntad y, por tanto, el cultivo de los sentimientos y emociones y el fortalecimiento de la solidaridad humana. Esto último, aunque resulte más difícil de descubrir, posee fundamentos científicos e influye objetivamente en la historia. Es indispensable, pues, que vengan en nuestra ayuda la imaginación y el vuelo que suelen tener los poetas, los profetas y los héroes. He ahí el decisivo papel de la educación y de la cultura.

Los independentistas, sobre el fundamento de su cultura y sensibilidad ética, inspirada y acendrada en el ideal humanista en su expresión más revolucionaria, tendrían iniciativas más realistas, aunque a los reformistas les parecían imposibles o muy peligrosas.

Los que querían una Cuba libre radicalmente de España por las vías de la revolución se planteaban, a su vez, una gran transformación social: la abolición de la esclavitud.

El sentimiento ético que animaba a los que soñaban con la liberación del hombre en la Cuba decimonónica poseía más

realismo histórico que el pensamiento capitalista y racionalista que proponía reformas graduales bajo la tutela de España. La historia demostró que el sueño irrealizable era en verdad el de los reformistas. Incluso, quizás habría sido más beneficioso a sus intereses estratégicos, pero las decisiones políticas no suelen adoptarse, la mayoría de las veces, en función de tales intereses estratégicos de un sistema social, sino de las aspiraciones inmediatas de los grupos que dentro de las clases dominantes las acaban por imponer. Es una meditación útil para que se analicen los retos que hoy tiene la civilización occidental en la etapa que han llamado “posmoderna”.

La ética, la utopía realizable hacia el futuro del pensamiento cubano de la primera mitad del siglo XIX, estaba ensamblada con las necesidades de una Cuba independiente y sin esclavos, y acabó mostrando todo su realismo en la revolución nacida el 10 de octubre de 1868. Es la misma que hoy, 130 años después, sigue defendiendo el pueblo de Cuba.

Un problema universal, el sistema esclavista, estaba planteado en el “crucero del mundo”, donde las ambiciones de las poderosas potencias del orbe se hallaban en acecho con la intención de apoderarse de Cuba, la Llave del Nuevo Mundo.

Cuba se había convertido en un elemento de importancia singular en el entrecruzamiento de los poderes de Occidente. Ésta ha sido una constante en la historia del país, revelada con mayor nitidez y con profundidad revolucionaria por José Martí, y que sigue hoy presente como el reto esencial de la nación. Para cristalizar como tal, necesitábamos un pensamiento genuinamente humanista en favor de los pobres de la tierra; se requería de una visión ecuménica de la justicia y de la dignidad humana, sin ninguna de las trabas y restricciones que los intereses creados le habían impuesto a las ideas de libertad, igualdad y fraternidad.

Estos sentimientos radicalmente democráticos provenientes

del mejor y más consecuente pensamiento liberal europeo, estuvieron presentes en la Asamblea Constituyente de Guáimaro cuando, meses después de iniciarse la contienda, en abril de 1869, se reunieron los patriotas para redactar una Carta Magna cubana en medio de la guerra. El principio del derecho ha estado siempre muy presente en nuestra tradición, pero orientado desde los decretos de abolición de la esclavitud a proteger los intereses del pueblo trabajador. Con su poder ejecutivo y su parlamento, aquellos hombres constituyeron una República en Armas en medio de las contradicciones de una contienda bélica. Todas las reglas del parlamentarismo liberal estaban allí presentes.

El Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, quien había iniciado la contienda, no estaba de acuerdo con la fórmula. Aunque era un ilustrado jurista de sólida formación democrática, la consideró poco práctica para dirigir una guerra. En verdad, la fórmula aprobada no aseguraba la unidad del pueblo, sino que facilitaba la división entre los cubanos; sin embargo, era lo que intelectual o teóricamente se correspondía con la idea que todos ellos tenían sobre el Estado republicano que aspiraban a fundar. La mayoría de los asambleístas tenían el temor al caudillismo, de larga tradición militar autoritaria en el continente y en la metrópoli y vieron la solución en el estricto apego a las ideas liberales a que estaban adscritos, pero éstas no les brindaban las fórmulas posibles para resolver el problema. Ellas no pudieron, en toda la historia de Cuba, garantizar la cohesión popular y, por tanto, la democracia.

Debieron pasar cerca de 200 años para que, con el triunfo de la Revolución en enero de 1959, se abrieran las posibilidades de un sistema democrático como el que hoy tenemos, que asegura la participación y la unidad popular del país.

El sistema de gobierno basado en el liberalismo era insuficiente para enfrentar en la Cuba de hace 130 años los proble-

mas de la guerra y del país. Esta dificultad se hizo evidente en medio de la lucha armada. La fragilidad de las soluciones planteadas en la Asamblea Constituyente de Guáimaro se puso de relieve cuando dicho sistema no resultó capaz de imponer su autoridad a todos los sectores y fuerzas revolucionarias: se comenzó por destituir al Padre de la Patria como presidente de la República, quien prácticamente quedó a merced de las tropas españolas y cayó combatiendo heroicamente.

El antagonismo entre los jefes militares mambises, producto precisamente de esas contradicciones, fue otro factor que influyó en el fracaso bélico. La falta de unidad popular condujo a la derrota. Y faltó esa unidad porque los principales representantes de las masas combatientes no eran quienes tomaban las más importantes decisiones políticas, entre ellas el Pacto del Zanjón (1878), que acordaba la paz sin independencia ni abolición, contra el que se rebeló Antonio Maceo, para convertirse de esta forma en el líder natural de las masas revolucionarias.

Desde finales de la contienda se venía produciendo el desplazamiento de la jefatura de la lucha armada, de manos de hacendados y criollos de cierta fortuna que la comandaron inicialmente, hacia hombres de extracción humilde. Maceo, mulato, campesino, y con excepcionales dotes de inteligencia y atractivo personal, encarna la figura más representativa de la gran masa de combatientes.

La metrópoli había enviado a Cuba al más inteligente y sagaz, políticamente, de sus generales: Arsenio Martínez Campos, quien, con una táctica doble, golpeaba militarmente a los patriotas y, a la vez, promovía la división entre ellos. Brindando garantía de algunas supuestas concesiones, logró minar las filas del ejército independentista y desmoralizar a nuestras tropas que venían peleando ejemplarmente durante diez años.

De esta forma, en 1878, los supuestos representantes de los cubanos en armas convinieron con España las condiciones de

una paz sin independencia; no consultaron con muchos de los combatientes, y especialmente con Maceo, y aceptaron la liquidación de la contienda insurreccional. Pero Maceo era ya el general Antonio, respetado y temido, cuando se produce el Pacto del Zanjón.

La guerra no se perdió para los cubanos por falta de talento y capacidad militar, sino por factores políticos derivados del quebrantamiento de la unidad entre los mandos de la Revolución. En esa época, España había perdido sus restantes colonias en América y concentraba su poder económico y militar en Cuba. Nuestro país libró esta epopeya solo, a 40 años de las luchas libertarias de Bolívar.

El estudio de estos problemas sirvió a Martí, a Gómez y al propio Maceo para elaborar su estrategia revolucionaria hacia la próxima etapa de la contienda bélica. Las ideas de José Martí, referidas a la creación de un partido que le diera alma y cohesión a la revolución están, en parte, relacionadas con el objetivo de superar la anarquía, la indisciplina, el caudillismo y el localismo dentro del movimiento revolucionario, que fueron, sin duda, las causas de fondo del trágico desenlace del conflicto que opuso durante diez años a cubanos y españoles.

La Guerra de los Diez Años (1868-1878) no sólo mostró los puntos máximos de una época de gloria, de eterno y emocionado recuerdo, sino también evidenció que hacían falta otros hombres y otros métodos para dirigir la epopeya. Entre éstos estaban Gómez y Maceo, surgidos de las masas populares.

El generalísimo Máximo Gómez fue el gran maestro y estrategia militar. Su amor por nuestra patria y su lucha ininterrumpida de cerca de medio siglo lo colocaron en el corazón de nuestro pueblo como una de las grandes figuras de nuestra historia.

Tanto Gómez como Maceo se forman, pues, en la lucha armada, y tienen como basamento político y social las masas de

esclavos liberados, de explotados campesinos y trabajadores del campo. Ellos eran sus más altos representantes. Su prestigio en el sector más humilde y expoliado de la sociedad cubana era la clave de su autoridad moral, política e histórica. Eran la más pura expresión del pueblo.

El enfrentamiento bélico requería, además, un genio de la política, un talento intelectual del más alto nivel, un hombre de acción, apasionado e imaginativo. Éste fue José Martí (1853-1895), a quien Cintio Vitier llama "el poeta que asume la historia, el mito de la patria encarnado en un hombre". Examinó, de manera crítica, la inmensa epopeya anterior, la historia de Cuba, la de América, y el peligro que significaba el imperalismo yanqui. Había nacido en el otro extremo de la isla, en La Habana colonial. Y había abrazado, desde muy niño, los mismos objetivos y desarrollado idénticos amores a la patria y a los pobres.

Fue entre los años 1878 a 1895, que llamamos "la tregua fecunda", cuando comenzó a brillar José Martí. La tarea de reconstruir el Ejército Libertador en el país requería un genio de la política con capacidad para unir. Había dicho que la esencia de lo humano estaba en la facultad de asociarse. No era fácil el empeño que se había propuesto, pues no tenía Martí la suficiente autoridad política en su comienzo para dirigir a los grandes héroes del 68. Tras el fin de la guerra de 1878 había que encontrar caminos para organizar la guerra, y éstos los hallaron Gómez, Maceo y Martí. Entre ellos había una identidad esencial, pero también diferencias circunstanciales en cuanto a las formas de emprender y dirigir la lucha armada. Éstas seguían girando en torno a las relaciones entre la autoridad política, el gobierno de la República en Armas y el Ejército Libertador.

Podemos apreciar que los tres estaban unidos en lo esencial. El propósito irrenunciable de que Cuba fuera independiente de España y de los Estados Unidos y que era parte integral de

nuestra América lo poseían los tres por igual. Tampoco había divergencia alguna en cuanto a la necesidad de promover la unidad entre blancos y negros, cubanos y españoles y todos los componentes de nuestra sociedad. Por esta razón, la historia los ha situado como el núcleo central de la epopeya independentista.

Sobre los puntos en discrepancia podemos señalar que el Apóstol había estudiado y superado con profundidad y rigor los reparos civilistas que obstaculizaron la Guerra Grande y que ni en Gómez ni en Maceo existían los gérmenes del caudillismo militar. Sin embargo, en las discusiones entre estos gigantes de la historia estaban presentes residuos de aquellas viejas cuestiones.

El gran mérito histórico de Martí fue el de unir todos los factores dispuestos a la guerra, organizarla, hacerla viable y, partiendo de ello, transmitirles una ideología y una proyección política. Al darle una política a la guerra, Martí actuaba con un gran realismo y sentido práctico. No fueron pocos los obstáculos que encontró para alcanzar este objetivo.

Antonio Maceo y Máximo Gómez demostraron desde el inicio de la contienda hasta el final, un gran respeto a la ley y a la autoridad de las dirigencias en las cuales la Revolución había confiado su conducción. Alcanzaron timbres de gloria que los distinguen como ciudadanos de Cuba y de América y los presentan como ejemplos para todas las generaciones de revolucionarios cubanos.

Tras laboriosa preparación, José Martí fundó en 1892 el Partido Revolucionario Cubano, el cual agrupó a todos los hijos de nuestra tierra interesados en el derrocamiento del sistema colonial español con el propósito de coronar la obra iniciada a principios del siglo XIX por Simón Bolívar y plantearse la integración de nuestra América. Dice el artículo segundo de las Bases del Partido Revolucionario Cubano:

El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Desde los Estados Unidos prepara Martí expediciones para entrar por tres puntos en el territorio nacional, a fin de iniciar una guerra que consideraba “necesaria” y que aspiraba fuera “humanitaria y breve”, con la aspiración de *que el heroísmo juicioso de las Antillas* promovería el trato justo de los pueblos y las naciones y ayudaría al *equilibrio del mundo* —para usar expresiones del propio Martí—.

La guerra se inició el 24 de febrero de 1895, a pesar de que las expediciones preparadas para comenzarla fueron incautadas por el gobierno de los Estados Unidos.

Gómez y Martí salieron de Montecristi, República Dominicana, y arribaron a Playitas, al sur de la provincia oriental de Cuba, el 11 de abril de aquel año. Se encontraron luego con Maceo en un lugar llamado La Mejorana. Allí se produjo una acre discusión entre las tres grandes personalidades, pero llegaron a conclusiones prácticas del desarrollo de la guerra en sus relaciones con la política. Fue la última vez que se vieron.

Tras el encuentro, el Apóstol escribió en su diario: “Comprendí que debía enfrentarme a la acusación de ponerle trabas leguleyescas a la guerra de Cuba”, y continuó la marcha por los campos de Cuba junto a Máximo Gómez. Semanas después, el 19 de mayo de aquel año, cayó en su primer combate, el de Dos Ríos. No era un militar, pero quería enseñar con el ejemplo: su virtud educativa consistía en que no siéndolo, creyó necesario ejemplificar con su conducta. Había dicho: “Ha-

cer es la mejor forma de decir". Escribió con su sangre generosa la más hermosa y dramática lección.

La correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace; entre lo que se piensa y se lleva a vías de hecho, está expresada en aquel drama histórico. ¿Acaso esto le da la razón a los que hablan de nuestra utopía? ¿Qué inspiró el ideal y la lucha a favor de las más nobles aspiraciones humanas en la milenaria historia de la cultura, de las ideas y del arte que el hombre ha ido creando sobre la tierra? Al talento, a la aspiración de perfeccionamiento y de justicia no se puede renunciar sin renunciar a ser hombre, y Martí lo era en el grado más alto. Gabriela Mistral, la gran poetisa chilena, pudo pensar en ello cuando expresó que era el hombre más puro de la raza.

Gómez y Maceo extendieron la guerra a todo el país y pusieron en crisis definitiva el poderío español en Cuba. La hazaña militar de la invasión para traer la guerra desde el oriente hacia el occidente del país constituye motivo de asombro y admiración dentro y fuera de Cuba. Sobre todo cuando se toma en cuenta la abrumadora superioridad de la maquinaria militar que España llegó a tener en Cuba, pues disponía del más moderno armamento de la época. Baste recordar que la metrópoli, despojada de sus inmensas colonias de América, acumuló contra nuestro país toda su fuerza militar y su resentimiento político de hondas raíces psicológicas. La idea de la invasión sólo podía asumirse en forma radical y llevarse a su realización práctica por el coraje, la inteligencia y cultura del generalísimo Máximo Gómez y su lugarteniente general, Antonio Maceo. Estos valores, integrados en una sola pieza, expresan lo mejor y más original de nuestra identidad nacional.

El 7 de diciembre de 1896 cae Antonio Maceo, *el Titán de Bronce*, a las puertas mismas de la ciudad de La Habana. Año y medio más tarde se produce el trágico acontecimiento cuyo centenario conmemoramos el pasado año.

Para enfocar lo sucedido en 1898, veamos la conclusión del mejor testigo de aquellos hechos dramáticos, el general Máximo Gómez Báez. Nacido puede disputarle su condición de haber sido el hombre vivo más significativo del 98. Dijo entonces palabras que hoy estremecen nuestra conciencia patriótica:

Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra paz y libertad no debe inspirar más que amor y fraternidad, en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado, con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

La situación, pues, que se le ha creado a este pueblo, de miseria material y de apenamiento, por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía.

Si cuando tan extraña situación terminase era posible que los Estados Unidos no dejasen en Cuba ni un adarme de simpatía, puedo asegurarles que ellos mismos —Maceo, Gómez y Martí— nos dejaron como legado el deber de sentir un infinito respeto por todos los pueblos del mundo, incluso el de los Estados Unidos. Pero esta extraña situación a que se refería el generalísimo tiene que terminar de raíz y para siempre.

El ilustre jefe mambí conocía la enorme sabiduría y capacidad política de Martí y observó con tristeza que la desaparición física del Maestro impedía que pudiera servir en aquellos instantes a la plena independencia del país. Por eso afirmó que aquel momento crucial hubiera sido la hora de Martí.

Años antes de la guerra organizada por el Partido Revolucionario Cubano, alguien había dicho a Antonio Maceo que los Estados Unidos podrían intervenir en la contienda hispanocubana, a lo que el general de Baraguá respondió tajantemente que sería ésa la única manera que combatiría junto a los españoles. El propio Maceo había afirmado, refiriéndose a los Estados Unidos, que quien intentare apoderarse de Cuba sólo recogería el polvo de su suelo anegado en sangre si no perecía en la lucha. Sólo la muerte pudo convertir a Martí y a Maceo en los grandes ausentes de 1898. Nadie puede saber cómo habrían sido las cosas de haber sobrevivido a la contienda, pero es evidente que habrían sido distintas.

En aquellos años tristes, el gobierno estadounidense le impuso a la Asamblea Constituyente de 1901 que aprobase una enmienda conocida por el nombre del senador Platt que le daba "derecho" a intervenir en nuestro país cuando lo estimasen necesario. La mayoría votó aceptándola por el temor fundado de que no alcanzarían ni siquiera la independencia formal. Una minoría lo hizo en contra.

El testimonio de uno de ellos, Salvador Cisneros Betancourt, es de una elocuencia y una enseñanza sobre la que vale la pena reflexionar en estos finales de siglo:

Los Estados Unidos, sosteniendo los principios justos y republicanos de sus antecesores, han prosperado y llegado al pináculo y a una grandeza inconcebible y seguirán así mientras tanto sustentan los principios y máximas que el Padre de la Patria, Washington, les legó.

Por desgracia, intentan apartarse de ellos, y su ruina empezará con la adquisición arbitraria de Filipinas, Puerto Rico y la ocupación a mano armada que intentan por la fuerza posesionándose de la Isla de Pinos y aun como se comprende, de Cuba, si no de su territorio por lo menos de lo que nos es grato, de su soberanía e independencia absoluta. Recuerden que no hay enemigo chico

y que el siglo xx concluirá con su decadencia y no figurarán más entre las naciones de primer orden. ¡Ojalá este augurio que hago no salga tan cierto como parece que va a resultar con el que hice de Cuba, cuando los americanos desembarcaron en Santiago de Cuba, que predije la pérdida absoluta de nuestra independencia!

Para conocer el proceso ulterior que nos condujo al triunfo de la Revolución, pueden estudiarse diversos documentos. Recomendando a dos autores. Uno de formación capitalista, Ramiro Guerra, de quien Carlos Rafael Rodríguez dijo que no podía escribir la historia de Cuba desde el punto de vista marxista, pero que no se podía conocer esa historia desde el punto de vista materialista histórico sin estudiar a Ramiro Guerra. Pueden también leerse las obras de Emilio Roig de Leuchsenring, hombre de ideas muy progresistas que ofrece copiosos detalles al respecto.

De la primera mitad del siglo xx es importante también conocer la labor del gran educador Enrique José Varona, muy influyente sobre la generación revolucionaria de 1930, y asimismo, los trabajos de Medardo Vitier, entre otros.

Hay que subrayar que en las dos primeras décadas del siglo xx, las esencias del pensamiento martiano fueron desvirtuadas por los gobiernos de turno, cuando no quedó subestimado. Fue la tradición patriótica antimperialista, socialista y de izquierda la que rescató las enseñanzas del Maestro a partir de la década de 1920.

La generación que llamamos del centenario, porque fue a 100 años del natalicio del Apóstol que se inició la gesta del Moncada bajo la dirección de Fidel Castro, recibió todas esas influencias y muchas más. Recibió la influencia, en primer lugar, de las luchas independentistas de nuestra América y, desde luego, de todo el proceso descrito. Bolívar era y es uno de nuestros grandes paradigmas. Martí se consideró siempre con-

tinuador del Libertador. Influyó en nosotros la cultura europea más avanzada y obviamente el pensamiento socialista de la Revolución rusa de 1917, y también, de manera fundamental, la Revolución mexicana de 1910, los combates antimperialistas que simbolizamos en Augusto César Sandino y las luchas antifascistas, especialmente las de la España republicana. Con cuánta atención los adolescentes y jóvenes cubanos de los años 30 y 40 seguíamos el curso de la guerra que felizmente condujo a la derrota del nazismo.

En los años 50 existía un gran vacío ético en la superficie política de la sociedad cubana. Como consecuencia de la acción revolucionaria del Movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro, se produjo un movimiento moral y cultural de vasto alcance social. Es que, como hemos insistido, la realidad no se halla sólo en los fenómenos que se aprecian a simple vista, sino también en las necesidades que se encuentran en el sustrato y las esencias de la vida social. Captarlas y asumirlas de forma práctica para satisfacerlas es el mérito de los grandes forjadores de la historia. Ante una pregunta de rutina del fiscal en el juicio por el asalto al cuartel Moncada, él ripostó con esta afirmación histórica: José Martí fue el autor intelectual. El Apóstol —dijo también Fidel— parecía que iba a morir en el año de su centenario, pero sus mejores hijos no dejaron que esto sucediera.

El asalto a la segunda fortaleza militar del país el 26 de julio de 1953 significó la réplica necesaria a las implicaciones del golpe de Estado de Fulgencio Batista que contó con el beneplácito y apoyo estadounidense. La heroicidad y audacia de los combatientes repercutieron decisivamente en la situación política y social.

La génesis de la Revolución cubana, que en 1961 proclamó su carácter socialista, está en el asalto al Moncada. Aunque la gesta iniciada entonces no revelaba ese contenido, sí se hallaba

en sus exigencias económicas, sociales y morales que, más tarde, desde 1959 y hasta 1961, sirvieron de presupuesto para un programa de esta naturaleza.

¿Cuál era el contenido presente en el programa y las aspiraciones del Movimiento 26 de Julio, que, como una constante, recorren la historia de la Revolución durante casi 45 años? Se halla en que se fusionaron las mejores tradiciones éticas de la sociedad cubana con las necesidades de medidas emancipadoras, económicas y sociales:

Sentido ético de la vida y programa de redención humana y social estuvieron presentes en la médula de aquellos acontecimientos que Fidel describió con magnífica prosa en el documento fundador "La historia me absolverá". La necesidad de llegar a un gran público, tal como lo impone el quehacer político, obliga a una literatura que para ser consecuente con los objetivos propuestos debe poseer rigor intelectual.

Esta línea de pensamiento y sentimiento, muy relacionada con la necesidad de abrirle camino a la acción política, la tomó la Generación del Centenario de la tradición patriótica, literaria y moral que transmitieron, en medio de grandes obstáculos, la educación y la escuela cubana. Por ella nos hicimos revolucionarios.

Esta historia que hemos descrito fue la que nos llevó al ideal socialista. Uno de los méritos principales del proceso de los últimos 45 años en Cuba fue insertar en esa tradición nacional el pensamiento socialista que viene del siglo pasado y que es para nosotros, con independencia de errores y contingencias, la escala más alta de la cultura política y social universal.

Hay un hecho objetivo: la Revolución cubana fue la primera y hasta hoy la única de inspiración socialista que triunfó en Occidente. Si partimos del hecho objetivo de que las últimas cuatro décadas están marcadas por el declive del socialismo en Europa y en la URSS que condujera a la desaparición del Esta-

do soviético y de los países socialistas de Europa, llegaríamos a la conclusión de que la proeza revolucionaria cubana y la sabiduría política con que se manejó por Fidel Castro todo este proceso es realmente singular. Pero lo es no sólo por los indiscutibles méritos personales del líder de la Revolución, sino porque él representa una tradición revolucionaria cubana y latinoamericana que es necesario tomar muy en cuenta. No lo estoy diciendo sólo hoy, lo hemos creído siempre así. En noviembre de 1959, cuando se produjo una complejísima discusión en el Consejo de Ministros en relación al socialismo y cuando éste aún no había sido declarado formalmente por la Revolución, dije: "Para entender a Fidel hay que tener muy presente que está promoviendo la revolución socialista a partir de la historia de Cuba, América Latina y del pensamiento antimperialista y universal de José Martí".

Cuba siempre ha insertado los valores universales de la cultura occidental a su propio desarrollo, pero los ha asumido con carácter propio y transformándolos y enriqueciéndolos a favor de la justicia, de la igualdad social con valor universal.

Así fue con el ideal cristiano, con la modernidad europea y así ocurrió también con el socialismo. Para entender a Cuba hoy y las razones de su capacidad de resistencia, hay que estudiar la evolución económico-social del país y cómo ésta se reveló en el desarrollo de las ideas.

La significación internacional de nuestro país no se generó por una prepotencia ni por un ridículo nacionalismo estrecho, sino por la geografía, la economía y la historia de la Llave del Golfo. Ello está determinado por factores objetivos que no resultan simplemente coyunturales y que generaron una capacidad de resistencia en nuestro pueblo frente a las fuerzas que a lo largo de casi dos siglos se opusieron, primero, a que Cuba fuera nación, y después trataron de aplastarla o absorberla.

Esta nación se forjó con la oposición de los mayores poderes

de la época: España, los Estados Unidos e Inglaterra; irrumpió el 10 de octubre de 1868; libró una batalla de 30 años contra el poder colonial hispánico en América cuando la metrópoli concentró todas sus energías para evitar su independencia; fue escenario de la primera guerra imperialista moderna en 1898 y, por consiguiente, del ascenso de los Estados Unidos a potencia mundial, que aun cuando desvió y retrasó su desarrollo libre, no pudo aplastar, como mostró el proceso iniciado en el Moncada, la tradición patriótica que venía de la pasada centuria: en octubre de 1962 estuvo en el vórtice del suceso potencialmente más dramático y decisivo de la Guerra Fría, es decir, la "crisis de los cohetes"; y aunque se ha mantenido contra ella el acoso imperial más violento durante casi cuatro décadas, ha resistido y mantiene en alto las banderas de su soberanía e independencia.

Una nación que ha tenido esta capacidad de combate y resistencia para enfrentar tan graves obstáculos durante cerca de 150 años, saldrá victoriosa en los enfrentamientos sociales, económicos y políticos generados por las novísimas formas de internacionalización de las riquezas. Éstos son los problemas esenciales que se plantean a la Cuba de hoy y de mañana pero, desde luego —sépanse con claridad—, conciernen no sólo a nuestro país, sino que involucran a la moderna civilización capitalista y a la humanidad.

Estos retos los asumimos en la Cuba actual a partir de esta gran historia y, en particular, de la conciencia revolucionaria fortalecida en estas cuatro décadas en que el sentimiento universal e internacionalista del país creció en medio de innumerales dificultades. Cuando jóvenes, se nos decía que Cuba siempre tenía que depender de un país extranjero, que Cuba no podía mantenerse sola, aislada. Luego que se hizo la Revolución con nuestras propias fuerzas, con nuestros propios empeños, nos confirmamos que podíamos tener un destino real-

mente libre e independiente en el mundo. Pero, como ha dicho Fidel Castro, no escogimos el mundo en que triunfó la Revolución, y lo que pensábamos en 1959 es lo que deseamos esencialmente hoy con mayor experiencia.

Hay que recordar que en los umbrales de 1960 éramos un país sometido al neocolonialismo estadounidense, estábamos en un mundo dividido en esferas de influencia entre las potencias victoriosas de la segunda Guerra Mundial, con la singularidad de que la Revolución cubana se enmarcó en el conflicto ideológico, cultural y político entre el ideal socialista y el sistema capitalista mundial y en medio de la acentuada campaña anti-comunista de los primeros 15 años de la guerra fría.

En contraste con este panorama internacional, sonó en todo el país una expresión popular que decía: "Si Fidel es comunista, que me pongan en la lista". Esta frase sintetizó la evolución de forma natural de lo que estaba aconteciendo en la conciencia patriótica de la inmensa mayoría del pueblo. Ella marcó para siempre la originalidad de nuestro proceso a partir de la tradición revolucionaria que hemos descrito aquí, y hay que recordar que los conflictos políticos de entonces, cuando se crearon determinadas contradicciones con jerarquías eclesiásticas, Fidel postuló: "Quien traiciona al pobre, traiciona a Cristo". Es decir, marchando por nuestro propio camino en un mundo en que las coyunturas políticas tenían que ser tomadas en cuenta y en que los enfrentamientos al imperialismo nos han obligado a considerarlas muy en serio.

Errores ha habido, pero no hemos cometido ninguno de carácter estratégico: por eso nuestro pueblo ha podido resistir. La hazaña de nuestro pueblo desde hace nueve años, cuando muchos creyeron que no resistiríamos, ha demostrado que podemos marchar solos, como quería Varela, y marchar en relación con el mundo, como quería Martí, injertándolo en nuestras repúblicas, pero que el tronco sea el de nuestras repúblicas.

Cambios para mejorar y fortalecer esta tradición serán siempre necesarios. Pero debemos tener mucha cautela porque acercarnos a un mundo como el de hoy nos obliga a estudiar en qué forma lo vamos a hacer, porque hay una crisis muy profunda de la civilización occidental que puede perturbar nuestra realidad, y debe hacerse con base en una historia de las ideas, de hechos que estamos describiendo.

La historia de Cuba tiene un gran mito: José Martí. Lo es porque en él se sintetiza de modo ejemplar una larga legión de héroes, próceres y pensadores de un siglo de hechos e ideas que revela el carácter singular del proceso cubano y lo sitúa como la continuidad histórica, a finales del siglo XIX, de la epopeya independentista de nuestra América iniciada a comienzos del mismo siglo.

Es precisamente asumiendo esta tradición martiana y además el pensamiento social y filosófico más avanzado de la edad moderna, lo que nos permite hoy resaltar la importancia de los factores económicos y sociales y reconocer a su vez el valor de la psicología individual y colectiva. De aquí el acento en la transformación moral del hombre a través de la educación y de su capacidad de asociarse en el trabajo y en el estudio. Asociarse es el secreto único de los hombres y de los pueblos y la garantía de su libertad, subrayó el Apóstol.

Los intelectuales cubanos de hoy asumimos el legado ético y cultural de Varela y, además, el pensamiento social y filosófico más avanzado de la edad moderna: tenemos el compromiso de honor de estudiar, a partir de Martí, los fundamentos científicos de la espiritualidad que se constatan en la actuación de los hombres en la historia de manera tan real y concreta como en el terreno económico.

Sin la espiritualidad que los hombres poseen como un atributo singular no habrían sido concebibles las más grandes creaciones de la historia universal. Ella alcanza escalas superiores

en la cosmovisión martiana y nos puede orientar en el empeño de conocer y desentrañar prácticamente su papel en la vida social. Toma especial significación para tal propósito lo expresado por el Héroe Nacional cuando nos habló de la “ciencia del espíritu”. Esto constituye un punto esencial para la reflexión filosófica cubana hacia el siglo XXI. Podemos encontrar por ese camino una síntesis posible que nos permita arribar a importantes conclusiones de interés práctico para la educación y la política culta.

Si los métodos electivos en la búsqueda del conocimiento y de los caminos de la acción que él nos enseñó los relacionamos con los principios lucistas —“todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela”, y de que “la justicia es el sol del mundo moral”— y con el propósito martiano de echar la suerte con los pobres de la tierra y sus ideas en relación con el “equilibrio”, tendremos un núcleo central del pensar filosófico cubano de incalculables consecuencias para fundamentar el quehacer pedagógico y la política culta. Nada de esto entra en antagonismo con las esencias del pensamiento filosófico más avanzado de la edad moderna que los cubanos hemos asumido.

Desde luego, es necesario actualizarlo con los progresos de las ciencias naturales y sociales y las enseñanzas de los acontecimientos históricos del siglo XX.

La ferviente búsqueda del equilibrio indisolublemente relacionada con Martí y con la acción liberadora, la concreta en su escala universal cuando señala como deber de Cuba trabajar para, junto a las Antillas libres, servir de freno y evitar la guerra que calificó de “innecesaria” entre las dos secciones adversas del hemisferio. El proyecto suele ser acusado de utópico pero, en todo caso, lo honesto es plantearse como utopía realizable hacia el futuro porque constituye una necesidad de los pueblos desde Alaska a la Patagonia y, en definitiva, del mundo. Pero no lo olvidemos sino, que, por el contrario, tomémoslo

como enseñanza: el equilibrio a que el Apóstol aspiraba requirió la "guerra necesaria, humanitaria y breve", que garantizara la independencia de Cuba con respecto a España y los Estados Unidos y la plena soberanía de los pueblos de las Antillas. Por esto último son tan importantes nuestros vínculos y relaciones, cada vez más fortalecidos, con el mundo del Caribe.

Este mismo propósito de equilibrio en el mundo lo concreta el Apóstol en su escala más profundamente humana e individual cuando postula que los hombres deben aspirar a lograr, cada uno de ellos individualmente, el equilibrio entre las facultades emotivas e intelectuales, y a desarrollar a partir de ello la voluntad creadora. Esto tiene hondas raíces psicológicas que deben servir a nuestra pedagogía y nuestro quehacer político.

Emoción y razón, entender e imaginar, constituyen los polos de una contradicción que se da en el alma humana y que Martí, con las enseñanzas de Varela y De la Luz, exalta en sus ideas sobre la ciencia del espíritu. El gran reto está cuando el problema se plantea en una amplia escala social.

Por muchos análisis y elaboraciones intelectuales que se hagan alrededor de las consecuencias de los procesos económicos, científicos y tecnológicos, y de ese inmenso laberinto que muestran los datos e informaciones económicas, si no se asume una conciencia genuinamente humanista, y con talento y amor se ponen en movimiento la voluntad individual y social, no se encontrarán los caminos de solución del drama de nuestra época que se visualiza de manera muy concreta en las contradicciones *entre la identidad de las comunidades humanas, su derecho a alcanzar una civilización superior, y las exigencias que impone la universalización de las riquezas*. Esto sólo puede abordarse de una manera eficaz sobre el principio de un humanismo pleno, radical y genuinamente universal, fundamentado en una ética consecuente con el hombre y su historia, y cuyo valor intelectual superior está en sustentarla en la reali-

dad y la ciencia. Esta manera de pensar nos viene del maestro Félix Varela, de sus continuadores y de la escuela cubana.

La maldad tiene sus raíces en la conciencia y en la subconsciencia humana. Son los hombres quienes la generan y mantienen a partir de sus instintos egoístas. Es importante asumir esta lección de la historia para no continuar creyendo que las concepciones sociales, políticas y filosóficas y los programas que de ellas se derivan, van a establecer por sí solas la moral y la justicia entre los hombres. Sólo la formación de un hombre nuevo podrá hacer prevalecer la moral en las relaciones sociales.

Para Martí, tenemos que liberarnos de la explotación del hombre por otro hombre, pero para lograrlo en forma radical, debemos hacerlo también de la fiera que todos tenemos dentro —expresión martiana— y asumir las riendas adecuadas que el Apóstol aconsejó. El propio héroe de Dos Ríos advirtió que ello es factible a partir de la capacidad humana de asociarse. Cuando el hombre se siente asociado a los demás y trabaja por el bien común, se hace más feliz.

Sin el ascenso moral del hombre es prácticamente imposible la victoria plena de la justicia. Para el Apóstol, el carácter se alcanza con la armonía en lo individual entre la inteligencia y el modo que orienta y alienta la voluntad. Señalaba que “el hombre es la fiera educada”; aseguraba, además, que era un ser excelente que podía ponerle riendas a la fiera de forma que adquiriera la más alta categoría humana. El carácter “es el denuevo de obrar conforme a la virtud”. Lo más importante desde el punto de vista filosófico y más revolucionario en el orden político y educativo, es que esta aspiración de nuestro héroe no la divorcia de la naturaleza, sino que la fundamenta en ella y la exalta a un plano superior de la escala universal que “cuando falla, de nuevo empieza”, como dice en su poema “Yugo y estrella”.

Hombre en este sentido radicalmente vareliano es, en esencia, el que se plantea una misión, un trabajo en la sociedad, es decir, en relación con los demás hombres, que puede ser modesto, sencillo o de enorme complejidad y trascendencia histórica. Pero el que con humildad y sencillez se propone un trabajo útil para ayudar a los demás, es ya hombre o mujer en el cabal sentido vareliano y martiano. Consagrarse al trabajo creativo es sostén para esta escuela de pensamiento en la más simple o elaborada forma de hacer. Pero hay más. La felicidad que el hombre logra cuando pone en tensión inteligencia y amor en favor de la creación y de la práctica es fundamento esencial de la ética cubana. Este valor encierra la idea de que la felicidad se puede encontrar en la lucha en favor de la redención humana.

Si todo hombre responde a un interés individual, hay que orientar el mismo en forma en que se exprese a través de la virtud de la creación con el propósito de ayudar y cooperar con los demás. Así será un hombre completo y podrá aspirar a la genuina felicidad. Este rumbo nos conduce, pues, por el tema de la ética y de la importancia de los factores subjetivos en la historia y, por consiguiente, al papel de la educación y la política culta que es desde donde debemos abordar los retos que se propusieron desde los años sesenta.

Como antecedentes de estos principios está la tradición pedagógica y educacional de nuestra América que viene desde la época de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, y aun de antes. En Cuba, especialmente con Varela y Martí, se alcanzaron altísimos grados de la cultura espiritual de nuestra América. Por esto, el Apóstol podía aspirar a que nuestro país fuera universidad del continente. Tales corrientes de pensamiento, sentimientos e ideas filosóficas están como telón de fondo y antecedente de las ideas revolucionarias cubanas y explican su valor latinoamericano y universal, que forman parte integral

de la cultura nacional desde sus orígenes hasta hoy, lo cual debe ser siempre así en el futuro.

Las raíces de este pensar y sentir se encuentran en haber relacionado ciencia, amor y poesía en un saber y un actuar sobre el fundamento de una composición social donde no cristalizó una clase burguesa poseedora del ideal nacional.

Razones económicas, sociales, culturales e incluso geográficas hicieron que en "el crucero del mundo", en la antesala de las dos Américas, surgiera esta nación que ha sido capaz de hacer la última gran Revolución social que ha tenido lugar en el siglo xx.

Las nobles aspiraciones de la Ilustración y el humanismo de los siglos XVIII y XIX llegaron a nuestro país, pero en las condiciones de la sociedad cubana evolucionaron hacia la defensa de los sectores y capas desposeídas de la población. Ellas se plantearon y crecieron en Cuba sin las mistificaciones que le impusieron las desigualdades clasistas de las sociedades estadounidense y europea.

Carece de sentido práctico elaborar alternativas acerca de lo que pudo ser y no fue. Sólo tenemos derecho a realizar utopías hacia el mañana. Únicamente es válido esto último para entender mejor el pasado y extraer lecciones provechosas hacia el porvenir.

¿Y cuál es el valor actual de la utopía martiana para el siglo venidero? Para algunos puede ser irrealizable. Quienes sentimos a Cuba al modo martiano no vamos a renunciar al sueño. No encontramos otra forma de ser cubanos, no apreciamos otra manera de ser hombres. En todo caso estamos hablando de la utopía del hombre que la humanidad de hoy necesita para salvarse del infierno de una civilización que, tras los dramáticos acontecimientos que nos simbolizamos en la caída del muro de Berlín, se acabó por imponer con el más vulgar y feroz materialismo, hermano gemelo de una espiritualidad que

en muchas ocasiones la historia de Occidente había situado en antagonismo con la ciencia. En la cultura cubana no existe ese antagonismo.

El colapso de las civilizaciones ha ocurrido a lo largo de la historia y uno de los síntomas de tales catástrofes ha estado, precisamente, en la pérdida de valores éticos sin los cuales no pueden perdurar.

Los esquemas éticos en las distintas etapas históricas pueden ser insuficientes o, incluso, conducir a graves tragedias humanas. Pero no hay civilización sin cultura ética y sin paradigmas morales y culturales. O los hombres encuentran nuevos paradigmas o la humanidad estará perdida.

Ante estas encrucijadas, los cubanos nos abrazamos con más fuerza que nunca al legado ético y político de José Martí, que ha sido durante el siglo xx, y con mayor consecuencia y profundidad a partir de los heroicos sucesos del Moncada en 1953, la fuente esencial que nutre y explica la existencia de la nación.

Cuba tiene que enfrentarse a ese mundo y lo hace fortaleciendo y enriqueciendo la tradición espiritual y moral que he descrito, perfeccionando su cultura jurídica y las instituciones que le sirven de fundamento, a cuya cabeza se encuentra la Constitución Socialista de la Revolución y los métodos y formas de hacer política que nos enseñó Martí y que Fidel Castro ha llevado en este siglo a su plano más alto. Estas formas y maneras de hacer política superan radicalmente la vieja consigna "divide y vencerás" para exaltar el principio revolucionario de "unir para vencer". Es el mensaje que la historia de la patria de Martí transmite al mundo.